



Siete poetas italianas contemporáneas*

∞

STEFANO STRAZZABOSCO

1

No creo que en la poesía italiana de los recientes años se pueda hablar de escuelas propiamente dichas. Tal vez sí de corrientes, líneas, actitudes, sentires en común; vale decir, fenómenos que se dan no tanto por firmar manifiestos o programas sino por el simple hecho de estar viviendo y escribiendo en las mismas o similares situaciones sociales y políticas, con referencias culturales compartidas, además de tener contacto y presencia en redes como Facebook e Instagram, donde las experiencias individuales se vuelven colectivas y suelen generar sintonías, influencias mutuas, antagonismos: amor y odio dentro de un único –y a veces aparente– ir y venir. También el trabajo de selección, promoción y difusión de editoriales y revistas que publican poesía va creando espacios y estilos que pueden volverse modas o tendencias, descalificando indirectamente, o de plano callando otras formas de escritura que no parecen ajustarse al canon del momento. Son las que usual y popularmente se definen como “parroquias” literarias: algunas bondadosamente ecuménicas; otras, mucho menos. Y siempre hay feligreses sueltos que, aunque acudan a la misa del domingo, no quieren o no pueden participar en las demás actividades comunitarias pues prefieren caminos más bien personales, quizás incluso místicos.

2

Las autoras a las que seleccioné para esta muestra de poesía italiana femenina contemporánea, que repre-

senta apenas una mínima parte de la riqueza poética que se puede hallar en estos años en Italia, mi país, parecen estar comunicadas entre sí por el simple hecho de ser mujeres que escriben versos: algo que podría parecer intrascendente si no consideráramos que hasta hace poco también la poesía ha sido dominada por machismos, vale decir, por la preponderancia y la arrogancia no sólo de poetas hombres, sino también de operadores culturales, críticos, editores, redactores, etcétera, lo cual puede justificar la existencia misma de una muestra como ésta, que excluye a los varones pero brinda a las poetisas los espacios que por tanto tiempo les han sido negados u otorgados con dificultad.

3

Sabemos que las etiquetas suelen ser engañosas, amén de aproximativas. Por ejemplo, definir como “experiencial” cierto tipo de literatura no ayuda a entender de qué estamos hablando exactamente, al igual que marcar como “experimental” toda escritura que no busque lo clásico o que trate de abrirse una vía propia dentro del gran territorio de las letras nos deja titubeantes acerca del tipo de experimento que estaría aconteciendo ante nuestra mirada. Por otro lado, la poesía italiana ha renunciado a las etiquetas cuando menos desde los años sesenta del siglo XX, vale decir, desde que el modelo de producción y consumo industrial y masivo –el mismo que denunció Pasolini en sus últimos artículos, definiéndolo como

un nuevo tipo de fascismo que nos homologa a todos y contra el cual no hay lucha posible— sustituyó la civilización campesina que lo había precedido, borrándola o vaciándola casi por completo. A partir de esos años en Italia ha habido tantas poéticas cuantos poetas, y la poesía ha empezado a proponerse como el género más libre y menos reglamentado de todos, encontrando en el mismo hecho de existir su forma y razón de ser. No es que no haya habido intentos de reunir poetas bajo un mismo techo, o que no hayan surgido nuevas agrupaciones como, por ejemplo, los “caníbales”, que fueron sobre todo narradores, o el Grupo 93, que quiso retomar las propuestas del Grupo 63; pero la época de los órficos, los herméticos, los neovanguardistas, los lombardos, los neométricos, los melódicos, etcétera, parece definitivamente terminada con la deflagración de las poéticas y los caminos personales. Eso no significa que en poesía no siga habiendo referentes como, por ejemplo, Eugenio Montale, Franco Fortini, Vittorio Sereni, Amelia Rosselli, Edoardo Sanguineti, Milo De Angelis, Antonella Anedda y, entre los extranjeros, Arthur Rimbaud, Ósip Mandelstam, Paul Celan, Marina Tsvietáieva, Grace Paley, ni que, más en general, toda la gran tradición literaria italiana y extranjera no siga moviéndose bajo el agua con sus fértiles corrientes profundas: se ven en nuestra selección, por ejemplo, las magníficas coplas *capfinidas* de Mariagiorgia Ulbar, que reproducen esquemas métricos de la antigua lírica provenzal.

4

Vale la pena, más bien, volver a subrayar con más fuerza que la poesía italiana de hoy se propone, en la mayoría de los casos, como un acto de plena libertad hacia el lenguaje. Y puede ser, según el caso, un diálogo intenso con el poder más fuerte y propio de la palabra profunda, también la que viene de otros poemas; un *dérèglement* controlado del concepto de eficacia comunicativa en una época en que los códigos se vuelven cada vez más pobres y trillados, o un anhelo de conservar algo propio, desconectado e incluso inconexo: algo así como un secreto. Es una poesía que da voz al silencio, a los vacíos, a lo inexpresable: que

no tiene certezas sino destellos. Un tipo de escritura, además, donde los recursos tradicionales del metro, la rima, la estrofa, el léxico específico cuentan como artificios puramente optativos, nunca obligatorios, aunque el verso príncipe de la tradición, el endecasílabo, reafirma su existencia en varios de los ejemplos que podemos leer de las poetas antologadas.

5

Ante el rechazo de las etiquetas que individualizan diferentes tipologías de escritura, me parece preciso señalar otros fenómenos. El primero, que la gran tradición de la literatura italiana en dialecto —no la costumbrista, sino la poesía de grandes autores como Antonio Porta, Gioachino Belli, Trilussa, Salvatore Di Giacomo, Delio Tessa, Virgilio Giotti, Biagio Marin, Franco Loi y tantos más— todavía no ha muerto: lo atestiguan los poemas en siciliano de Saragei Antonini y en romañolo de Azzurra D’Agostino: hablas del sur y del centro-norte, respectivamente, que alimentaron las obras de poetas como Ignazio Buttitta (siciliano) y Tonino Guerra (romañolo). En la selección está representado también el ladín de Roberta Dapunt, que propiamente no es un dialecto sino la lengua de una minoría asentada en los Alpes Orientales, donde las dolomitas. Y podría haber muestras de textos en alemán, catalán, francoprovenzal, esloveno, friulano, sardo, griego, albanés, idiomas que se hablan en distintas partes de Italia y que junto con los dialectos contribuyen a su gran riqueza lingüística. En todas las regiones de Italia los dialectos se siguen hablando comúnmente, aunque mucho menos que hace cincuenta o cien años, cuando el italiano era todavía una lengua prevalentemente libresca. Los dialectos —que no son otra cosa sino lenguas sin pasaporte, como alguien dijo alguna vez— guardan la memoria de la experiencia humana en sus aspectos concretos, relacionados con los trabajos del campo, la geografía específica, el léxico de cada día, etcétera: de ahí su implícita cercanía a la poesía realista, o cuando menos a un tipo de poesía que quiera alejarse de toda retórica buscando lo auténtico. Pero en dialecto se han escrito también versos metafísicos, existenciales, filosóficos, que comunican de par a par

con los grandes poemas de todos los países. Es obvio, entonces, que documentar y difundir la diversidad cultural basada en los idiomas propios de cada lugar tiene también implicaciones que van más allá de lo estrictamente literario: un poco como pasa en México y en otras partes de América Latina con las lenguas originarias que sobrevivieron la embestida del español colonial, o en España con las lenguas que no son el castellano.

6

Mi última nota concierne a los temas. En los poemas que aparecen en nuestra pequeña antología están bien representados los que se refieren al amor: Saragei Antonini, Giulia Rusconi; la condición femenina: Azzurra D'Agostino; el viaje: Elisa Biagini, Mariagiorgia Ulbar, Damiana De Gennaro; la casa: Roberta Dapunt, Antonini, De Gennaro; la familia: D'Agostino; la naturaleza: Dapunt, Rusconi, D'Agos-

tino. Casi no aparecen, en cambio, ni los asuntos religiosos ni las grandes cuestiones políticas y sociales de los recientes años, como las migraciones, el cambio climático, el desempleo, el terrorismo, las guerras, etcétera. Sólo Biagini, por un viaje a Argentina, recuerda la época negra de la dictadura, con evidente asombro y tristeza. Así, aun renunciando a una función históricamente fundante de su esencia, las palabras poéticas que presento en nuestra antología alcanzan una riqueza tan sugerente como intensa y, a veces, potentemente enigmática. ●

* Estas notas se refieren a las autoras de quienes, gracias a Strazabosco, ofrecemos una selección de poemas en la sección **Concilio de luceros** del presente número de *Inundación Castálida*.



Fotografía: Pawel Czerwinski